



LECTURA ORANTE SOLEMNIDAD DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL
UNIVERSO (A)

Domingo 26 de noviembre de 2023
Señor, Rey y servidor de toda la humanidad,
Tú nos llamas a servidores de los pobres.
Mateo 25, 31-46

1. Oración inicial

Padre de los pobres,
tu Hijo Jesús nació entre nosotros
pobre, humilde y dependiente de los demás.
Abre nuestros ojos, nuestros corazones y nuestras manos
para honrarlo como nuestro Rey y Señor,
acogiéndolo en los hambrientos y sedientos,
en los que están solos y abandonados,
en los refugiados, en los pobres y en los enfermos.
Que nuestro amor pueda a ser libre y espontáneo,
como la ternura que nos has mostrado en tu Hijo.
Acógenos en tu reino eterno preparado para nosotros
por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2. Preparación

- Nos reunimos en el lugar que hemos preparado para encontrarnos como familia.
- Ponemos una Biblia abierta en Mateo 25, 31-46, flores, una cruz y una imagen de la Virgen.
- Un miembro de la familia invita a poner en común cómo estamos, cómo llegamos a este

encuentro, qué esperamos de este día en que celebramos la presencia de Jesús entre nosotros y qué frutos aguardamos para nuestra vida.

- Luego dice la oración inicial.

3. Lectura

a) Una clave de lectura:

Concluimos el Año Litúrgico con la celebración de Cristo, nuestro Pastor y Rey. Vino a nosotros como el Pastor Bueno y nos confió la responsabilidad de cuidar unos de otros. Cuando venga como juez de nuestra vida y verifique lo que hay de bueno a su ojos y a los nuestros, él nos preguntará si nos hemos ocupado unos por otros, si hemos servido a los demás, especialmente a los pobres y a los débiles. No es sólo cuestión de servir a otros, se trata de servir a Dios en los demás. El otro, especialmente quien está en necesidad, es Cristo mismo "oculto" en él. Se trata de un acto de fe profunda que nos lleva a encontrar al Señor hecho carne en nosotros y en nuestros hermanos.

b) Texto: buscamos Mateo 25, 31-46 en nuestra Biblia. Un miembro de la familia proclama el texto.

4. Para acoger la Palabra

- Hagamos un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios entre en nuestro corazón e ilumine nuestra vida.
- Volvamos a leer el texto y hagámonos parte de la escena. Entremos en ella como si fuéramos un personaje más del relato. Miremos la escena con los ojos de nuestra imaginación y gustemos de lo que vemos y oímos.
- Pongamos en común lo que la lectura del texto nos sugiere.
- Podemos repetir la frase o la palabra que nos ha llamado la atención o nos resulta más significativa.

5. Breve comentario del texto

a) Una división para ayudar a la comprensión del texto

- a. Mateo 25, 31-33: Jesús, el Mesías juez, inicia el juicio.
- b. Mateo 25, 34- 40: Jesús, el Mesías rey.
- c. Mateo 25, 41-46: El pastor rey y juez separa el rebaño.

b) Comentario

a. Mateo 25, 31-33: Jesús, el Mesías juez, inicia el juicio. Concluye el discurso sobre el fin del mundo. No es una parábola o una exhortación profética para convertirse. Tampoco es una amenaza profética de castigo o una descripción tremendista de lo que sucederá en la renovación del mundo. Este relato es un resumen de la enseñanza y de las indicaciones del Evangelio orientadas al juicio. El relato habla del juez y de los que son juzgados. En la figura del Mesías juez, culmina la confesión de fe de la Iglesia sobre Cristo. Aquí queda claro que hay que tenerlo por juez. En esta hora, su persona y su mensaje se confirman. Los que son juzgados también llegan a conocer la verdad sobre sí mismos. Se sella lo que el Evangelio había dicho sobre la gente y lo que se esperaba de ella. Jesús no sólo era el Mesías de Israel sino el salvador de todas las naciones. No viene como Mesías glorioso para los judíos, como ellos esperaban, ni para los cristianos, según su expectativa, sino como quien ha sido esperado por todas las naciones. Aquí se funden dos imágenes del Mesías en una. Por una parte, el Hijo del hombre, revestido de poder y por otra, la del pastor. El Hijo del hombre viene en su gloria con todos los ángeles y se sienta en el trono. Como pastor ha ido a buscar a todas partes las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero en vano porque ellas no han querido venir a él. Ahora se trata de un pastor poderoso. Ya no es el que sigue buscando la oveja perdida, hasta encontrarla o el que se hace cargo de los pecadores, de los pobres y de los que gimen bajo el peso de la vida. Ahora es el pastor rey y juez. El Hijo del hombre como pastor rey ejerce el juicio que Dios le encargó, porque el Padre le ha

“dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Ap 28,18).

b. Mateo 25, 34- 40: Jesús, el Mesías rey. A la imagen del Hijo del hombre y del pastor se añade como tercera la del rey. Jesús es rey de los judíos (27,11). Pero este reino permanecía oculto y fue dado a conocer públicamente por medio de la inscripción de la cruz (27,37). Esta inscripción indujo a los que la leyeron a burlarse de él más que rendirle homenaje (27,42). Fue vestido con un manto raído de color púrpura como manto real, en su mano se le puso una caña como cetro y como corona se le ciñó una corona de espinas (27,27-31). Ahora se manifiesta en plenitud el reinado del Mesías. Ahora es el rey de reyes y Señor de señores. El reino estaba preparado desde el principio del mundo. Sin embargo el proyecto de Dios fue frustrado por el pecado de la humanidad. El reino de Dios siempre estuvo dispuesto. Ahora los salvados entran a participar de la fiesta de su señor. Ahora deben tomar el reino en posesión como la herencia que les ha sido confiada. Jesús se hizo cargo de la herencia cuando fue resucitado de la muerte y constituido heredero universal y primogénito entre muchos hermanos. Él vino para ser nuestro hermano asumiendo la condición humana y ahora lo es en la condición celestial de la vida resucitada. Entre los discípulos ya estaba claro que lo que uno ha hecho a otro, especialmente a un pobre por amor de Jesús, lo ha hecho a él mismo. Cada uno ha sido hermano de Cristo. Ya no importa conocer si lo sabía o no, si quería o no servir en él a Cristo. Ahora queda claro que todo servicio del amor es servicio a Cristo. Las obras que el juez enumera, son obras corrientes de misericordia. Muchos las han enseñado y son ejercitadas en todos los pueblos. Pero los cristianos sabemos que la fe tiene que concretarse en estas obras sencillas. En la práctica, muchas veces estas obras sencillas se oponen a las lindas palabras de la fe. La fe se vacía y es reprobada si no se entiende como servicio de los más pequeños.

c. Mateo 25, 41-46: El pastor rey y juez separa el rebaño. El juicio se concreta separando el rebaño en quienes van a la derecha y quienes quedan a

la izquierda. Los que están a la izquierda han visto al pastor rey pero no han actuado conforme a lo que se esperaba de ellos. La indigencia de los pobres no los ha conmovido ni los ha impulsado a servicio. Ahora vale lo que cada uno ha hecho y no lo que ha pensado o dicho. La queja, el sentimiento o la compasión por los que sufren no es suficiente, es preciso ponerse manos a la obra y servir. La pregunta, llena de asombro, expresa que no sabían que Jesús se oculta en los más pequeños, no sabían que hay que encontrarlo y verlo en ellos. Creían que el amor al Señor y el amor a los demás son cosas distintas y no una sola cosa. Han contemplado al Señor, quizás eran piadosos y han rezado mucho, pero no han hecho caso del pobre que tenían a su lado. Ahora se descubre vaciedad de su fe. Por desgracia es tarde porque ya no puede repararse nada. Lo que fue negado a los pobres también fue negado a Jesús.

6. Asumamos un compromiso para la semana. Pidamos la gracia de dar testimonio del reino y vivir como Jesús vivió entregándonos totalmente a los demás, en amor y servicio.

7. Oremos con el Salmo 22, 1-3. 5-6

R/. El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.

El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.
Él me hace descansar en verdes praderas.

Me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el recto sendero,
por amor de su Nombre.

Tú preparas ante mí una mesa,
frente a mis enemigos;
unges con óleo mi cabeza
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu gracia me acompañan
a lo largo de mi vida;
y habitaré en la Casa del Señor
por muy largo tiempo.

8. Oración final

Dios y Padre nuestro,
hemos aclamado a tu Hijo Jesucristo
como el Señor y Rey de nuestras vidas.
Por la fuerza de la Palabra, queremos caminar con Jesús
por su camino de fidelidad a ti y de servicio a los hermanos.
Reúnenos como tu pueblo santo,
y haz que seamos un humilde signo para el mundo,
hasta que nos acojas en tu casa de paz y alegría
junto con Jesucristo, nuestro Rey, que se hizo el servidor de todos,
por los siglos de los siglos. Amén.